

Persiflage

Elogio de Helena Petrovna Blavatsky

— Colaboración directa —

Para mi respetable colega y conciudadano don Luis Felipe González,—profesor de Estado y pedagogo impasible a quien mucho le debe el país,—porque, en otra forma que la suya, forma que conviene estudiar, la Blavatsky fué una gran maestra.



Helena Petrovna Blavatsky

No discuto, por el momento, las doctrinas llamadas teosóficas; doctrinas, por lo demás, en las que hallo, como en los cuentos de hadas, como en las fantasías de Lord Dunsany, como en las admirables historias de Salarrué, y, hasta podría decir, como en los mitos de Platón, mucho que es amable. Hay más: el teosofismo está en formación, el teosofismo occidental, el de la *Theosophical Society*: la Estrella de Oriente, que por mandato de Krishnamurti acaba de ponerse hace apenas dos años, de repente sale por ahí lanzada de nuevo en los espacios siderales por voluntad de Ouspensky y hecha toda un sol. Y hay algo más que conviene que un escéptico diga en honor a la sinceridad: en una época como la nuestra en que la Ciencia se declara infalible de toda infabilidad y en que las religiones ritualistas no nos dan un solo hilo de luz que pueda guiarnos fuera del laberinto de miseria y de dolor en el que el mundo anda perdido, quizás hagan bien las mentalidades infantiles en aferrarse a su infantilismo. Si la edad y la estatura del adulto nada sirven para ayudar a resolver de manera cuerda los angustiosos problemas de la humanidad que el egoísmo y la falta de fe han creado, ¿qué mal habrá en vestirnos mentalmente con ropilla de bebé y refugiarnos como dentro de una cuna huyendo de encontrarnos frente a frente con la realidad? Cuando el médico declara que ha agotado los recursos científicos, y que hay que dejar morir al paciente sin pincharle más con agujas de inyecciones, sin torturarlo con brevesajes farmacéuticos, y sin rajarle la barriga, resulta incivilizado prohibirles a las mujeres devotas y creyentes que les prendan candelas a los santos. Hay, pues, que tolerar a los teósofos. Si ello les alivia pesares, sigan en buena hora jugando a que se ponen en armonía con la esencia de perfección del universo yendo, en el Camino hacia el Nirvana, viajeros por los siete principios del Rupa al Atma. Lo que sí convendría, para mantener el orden, sería prohibir la mescolanza de lo esotérico con los problemas de realidad inmediata, a lo que tan adictos son ciertos teósofos. El Plano Astral y el Plan Hoover, por ejemplo, deben guardar respetuosa e infranqueable distancia entre sí. A nadie debe prohibírsele que crea en que, en alguna parte, hay otra gallina que pone huevos de oro, y alza la cola el burrito que caga plata; pero sí debe prohibirse terminantemente que, para solucionar la crisis actual, se insista en hallar esos encantadores animales.

De estas cosas he estado pensando ahora que está *ad portas* el centenario del nacimiento de la fundadora de la teosofía moderna, Madame Helena Petrovna Blavatsky, admirabilísima mujer. Quiero hacer su elogio.

El último día de julio, en el año eslavo (correspondiente a no sé qué día de agosto

de nuestro calendario), es fecha, en Rusia, que la superstición ha consagrado. Nacer el último día de julio era, hace precisamente un siglo, y en la Ukrania, venir al mundo con manifiesta predestinación. Helena Petrovna Hahn-Hahn nació en esa fecha y en Ekaterinóslava, para asombro de las gentes del lugar, las más supersticiosas que haya habido; y su predestinación se manifestó reiteradamente de maneras diversas, siendo la más notable el hecho de que, cuando era bautizada, la candela bendita que alumbraba el misterio cristiano le quemó las ínfulas al pope que oficiaba. El nombre que le pusieron encierra en sí potencialidad tremenda. Decir Helena es decir llama. Acordémonos de Troya. Ella, en la última década de su vida, cuando más bien que arder quería iluminar, se cambió el nombre de Helena por el de Heliona, como para significar similitud con la estrella de nuestro sistema, y creando así un nuevo mito solar en pleno siglo diecinueve, el siglo de las luces, la de Edison, teósofo, inclusive.

El nombre de Petrovna no deja qué desear. Ella también sería piedra sobre la que se alzaría iglesia. ¡Ah, Helena Petrovna,—o Heliona Petrovna—, qué distinta hubiera sido su vida, quizás, si le ponen nombre sencillo como Brígida, como Secundina, como Rita! La fecha de su nacimiento y las circunstancias de su bautismo sellaron su destino. Su padre era alemán—oficial alemán al servicio de Rusia—, llamado Peter Hahn-Hahn, nacido en Mecklersburgo, y establecido con su esposa, rusa por los cuatro costados, en la Ukrania. En este

hogar germano-ruso la niña no podría hallar fijeza de tradición. Se la dejó crecer en libertad, esto es, a como quisiera la servidumbre, y la servidumbre de la casa, gente sin ciencia, le enseñaron a ser rebelde y a que podía ver espíritus y vaticinar. Al mozalbete que jugaba con ella le pronosticó la pequeñuela que moriría “de las cosquillas que le haría un rusalka”. Los rusalkas son duendes rusos. El muchacho, asustado, se anticipó a su suerte suicidándose ahogado. Así hizo Helena Petrovna su debut.

Después la hallamos, marimacha rusa, “de facciones kalmuko-budisto-tártaras”, como se describe a sí misma, escandalizando a los burgueses en el balneario inglés de Bath, ciudad de donde era la regocijada Comadre chauceriana. Helena Petrovna montaba a horcajadas brioso potro, hacía gala de costumbres bárbaras, manifestábase masculina en su mentalidad, y, lo mismo que a su cabalgadura, le daba rienda suelta a sus ideas sobre moralidad y a su lengua docta en palabrotas de arriero. Sus amistades y parentela, para reconvenirla, le dijeron que nadie querría casarse con ella, pero ni el feote General Nicéforo Blavatsky, el personaje menos tolerable de la colonia veraniega ese año, a quien apodaban “el cuervo calvo”. Helena Petrovna, picada, le puso sitio casamentero al militar adusto y “el cuervo calvo” la hizo su esposa al poco tiempo. De la ceremonia de ese matrimonio se conservan relatos verídicos. Cuando, de conformidad con el ritual ortodoxo, el oficiante le comunicó que debía obedecer a su marido, Helena Petrovna respondió en voz alta y resuelta que ella no haría jamás cosa tan imbécil. La luna de miel fue tempestuosa. ¡Hay lunas que levantan mareas que Dios guarde! A los tres meses de casada Madame Blavatsky abandonaba al General. Acababa de cumplir diecisiete años.

A los cincuenta y tres, Madame Blavatsky le quería hacer creer a su médico que tenía ciento veinte de nacida. Pretendía haber vivido en muchos lugares extraños y conocer a fondo los misterios de los indios pieles rojas, los mismos entre quienes, en el Estado de Nuevo México, H. D. Lawrence, hacia el final de su existencia, halló la más honda experiencia religiosa de su vida; pretendía haber sondeado hasta topar con roca fundamental los secretos del vuduismo congo; las cavernas del Tibet habían brotado para ella fuentes de sabiduría oculta; había abierto y leído las pirámides de Egipto como quien abre y lee, en edad madura, su silabario infantil, de tal manera le era fácil comprender el misticismo faraónico; y había residido, nefelibata contenta, en las ciudades sepultadas de Méjico y de Nepal. Las arenas de cien desiertos le habían mostrado sus entrañas conservadoras, para entregarle libros sepultados allí por el acaso hacía miles de